

Aquarius, una historia de resistencia

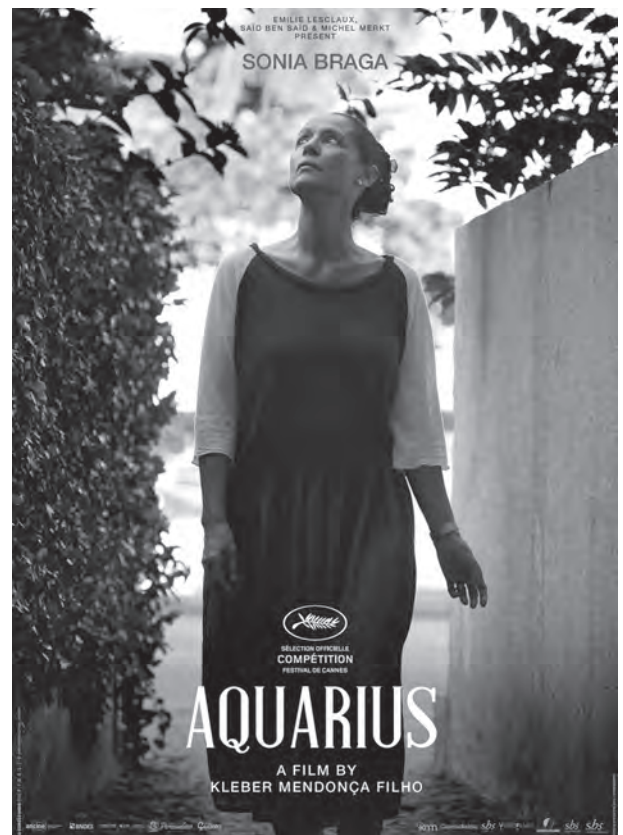
Brenda Ríos

EL DIRECTOR KLEBER MENDONÇA FILHO retoma en *Aquarius* un tema que ya había tratado en *O som ao redor* (*El sonido alrededor*, 2012): las inmobiliarias y el asunto de las clases sociales. La clase media y los empleados. Todo sucede en una calle en Recife, que, ante la violencia, contrata a una empresa de seguridad. Esto hace que los miedos, la ansiedad que parecían estar contenidos, salieran a flote. Sin mencionar los asuntos de índole pasional que enmarcan historias urbanas cruzadas por el azar y la convivencia.

En *Aquarius*, una mujer, en la ciudad de Recife, al nordeste de Brasil (históricamente una de las zonas más pobres del país) se niega a entregar su departamento a una empresa inmobiliaria. Poco a poco, los vecinos han cedido, sólo resta ella. Doña Clara, interpretada por Sônia Braga, resiste y embate. El filme explora los argumentos morales de la resistencia en un mundo dominado por el dinero y los intereses del proyecto modernizador. A simple vista, doña Clara es el pasado. Un hermoso pasado, sin duda, pero que debe abrir paso a lo nuevo. El sobrino del dueño de la inmobiliaria es el presente: es joven, educado en el extranjero, con buenos modales, hasta que, claro, las circunstancias lo obligan a mostrar su verdadera naturaleza.

Una mujer mayor contra un joven. Un heredero. Blanco. Tal cual. Una mujer que lo único que quiere es vivir donde siempre ha vivido, nadar en la misma playa, y continuar la rutina de su vida.

Por tanto, una historia así podría ser invisible. Existen verdaderas tragedias alrededor para que esto nos parezca trágico, lamentable. Y no lo es. Es justo la naturalidad de los hechos lo que logra que la historia sea tan equilibrada, tensa, emotiva y desoladora.



Aquarius

Dirección de Kleber Mendonça Filho
Brasil / Francia, 2016, 140 minutos

El regreso tan esperado de Sônia Braga al cine no podría haberse dado en otras circunstancias. La película la sitúa en diálogo con el director. Es un personaje en una lucha especial, en una guerra, es una David contra un Goliat por muy barato que pueda sonar (toda alusión bíblica ha perdido su carácter de clásico y se convierte en lugar común), es la esposa de Lot que no puede dejar atrás Sodoma por mucho que le hayan advertido no hacerlo. Es una Eurídice que se niega a vender su casa y salir del Inframundo. Estos personajes que fueron creados para fines morales, ejemplos de lo que no debíamos hacer, son también algo más.

De la fe de doña Clara en lo que considera suyo, en su vida, se desprende una intencionalidad así. No cederá porque no quieren comprar su departamento, quieren comprar el último departamento que hace falta para demoler el edificio y comenzar una etapa de renovación de la cuadra, echar abajo el pasado. Aquarius, así se llama el edificio donde vive, es el sobreviviente de la oleada de modernidad. Han comprado a todos. O los intimidaron para que vendieran.

La mejor escena es cuando ella y su oponente dejan la cortesía habitual y se hablan como lo que son realmente: un encuentro de clase y de generación. Un encuentro político. El joven le dice de manera sarcástica que ella se superó pese a su color de piel; ella, por su parte, le reclama no reconocer su país y que todo le ha sido puesto en charola de plata. Se ven como lo que son: enemigos. No habrá marcha atrás después de esto. Y la tensión aumenta.

Ella comienza a descubrir, gracias a la ayuda de un par de trabajadores de la inmobiliaria, todo lo que la empresa hizo para intimidar a los demás inquilinos y le avisan lo que le tienen preparado.

Brasil, tan parecido a México. Racista, clasista y extremadamente corrupto. Todo se compra por debajo de la mesa, los contratos, las personas. Excepto por el filtro de la religiosidad y la mayor diversidad racial, podrían ser el mismo lugar.

La película, estrenada en Cannes mientras Dilma Rousseff era destituida, cobró otro cariz. Una mujer mayor que se niega a dejar su departamento frente a una empresa de blancos poderosos se volvería la analogía de lo que pasaba en el país. La película, por tanto, se vuelve el centro de una discusión política.

Doña Clara es el país entero: pobre, persona mayor, que se aferra a un edificio viejo y se niega a irse a otra parte. Es decir, el héroe no viaja por mar a traer un ejército de otras tierras y recuperar el trono que le ha sido usurpado. El héroe es una señora que padeció cáncer y sólo quiere vivir donde siempre ha vivido.

¿Qué es una casa? Naipaul escribe en *Una casa para el señor Biswas* sobre un hombre que sueña con una casa propia mientras vive con sus suegros en una India bajo el imperio inglés. La casa no es sólo una casa, la casa es la independencia. ¿Cómo lograr eso cuando se nace en un país colonizado? ¿Cómo saber si es uno el que quiere lo que quiere, el que piensa lo que piensa y no la instrucción extranjera? La maravilla de la novela de Naipaul es que cuando el personaje quiere rebelarse contra el suegro que es su autoridad, su gobernante, piensa una cosa y dice lo opuesto. El efecto es tremendo porque el personaje se vuelve patético. No triste. Sólo patético. Y real. Un personaje dominado por las circunstancias inamovibles del aparato del poder.

A diferencia del señor Biswas, el personaje de *Aquarius* sabe bien qué es una casa. Ahí pasó tiempo. Bueno y malo. Vio el mar. La lluvia. Y quiere seguir ahí, por amor o inercia o terquedad incomprensible. Por lo que sea. Y es válido. Es válido para una persona permanecer. Cuando todos le dicen vende, vete, sal, huye. Ella se queda. En pleno campo de batalla. Sin yelmo, sin espada. Ella sola. Un país triste aun si tropical, Brasil. No es casual tampoco que la película se filme en Recife, al nordeste. La zona más pobre, más dura, más peligrosa.

Sônia Braga logra una actuación tensa y cargada de erotismo como siempre. Braga, como Isabelle Huppert en *Elle* (Paul Verhoeven, 2016), son la muestra de un nuevo modelo erótico femenino: mujeres mayores con deseo sexual explícito, personajes dotados de un poder tremendo. El cuerpo es el vehículo, el deseo manifiesto, y no es el hecho de que al ser mayores se vuelvan sumisas o humildes, derrotadas; son más fuertes incluso, más contenidas, pues el deseo, con los años, se vuelve más concentrado, enriquecido, lento. La dignidad misma de la persona pasa por el cuerpo, por el tiempo ralentizado del cuerpo. Un cuerpo político, balcanizado, femenino, fragmentado: un país en crisis. 